

El mejor alcalde,
el rey

Ilustraciones de
Begoña Summers



Prólogo

Félix Lope de Vega nació en Madrid en 1562 y murió en la misma ciudad en 1635; su familia provenía de Cantabria, donde su padre era bordador; emigró a Valladolid y después a Madrid, en busca de mejores oportunidades, ya que por entonces la ciudad había sido proclamada capital del reino. Lope fue un lector muy precoz: a los cinco años ya leía castellano y latín y escribía poemas, y a los doce años ya escribía comedias. Se educó en Madrid en el Colegio Imperial de los jesui-

tas, y más tarde en la Universidad de Alcalá, donde no llegó a terminar sus estudios.

Lope de Vega tuvo una vida muy intensa; se han escrito muchas biografías suyas que parecerían novelas si no fueran reales y recientemente también se han hecho algunas películas y series de televisión. Demostró su enorme talento escribiendo desde muy joven, se alistó como soldado en los tercios, con 21 años participó en la batalla de la isla Terceira y años después en la Gran Armada; sufrió prisión y destierro; tuvo una vida sentimental muy agitada, y en los últimos años llegó a hacerse sacerdote. Pero sobre todo, Lope es uno de los mayores escritores en español de todos los tiempos; su obra literaria fue inmensa y es sin duda uno de los escritores más prolíficos de la historia, pues se sabe de más de mil obras de teatro escritas por él, además de muchos cuentos, novelas y poesía, incluidos unos tres mil sonetos; su facilidad para escribir era enorme, y escribió que en él «en horas veinticuatro» las obras pasaban «de las musas al teatro»; pero lo que es más importante, y con tal abundancia, su obra fue de una enorme calidad.

Además de un lector empedernido y autor de mucho éxito, Lope fue un hombre humilde y generoso, y un genio, a quien el mismo Cervantes llamó «Monstruo de la Naturaleza». Su éxito en vida le permitió vivir de su obra literaria, lo cual no era nada fácil; y fue tremendamente popular, hasta el punto de que la gente le seguía por la calle, los extranjeros ilustres que visitaban Madrid pedían conocerle y cuando murió, su entierro paralizó Madrid durante varios días.

Destacó entre los escritores del Siglo de Oro español, una época en la que en España y en la América española hubo una abundancia impresionante de escritores geniales, de los que se convirtieron en clásicos y cuyas obras nos siguen pareciendo excelentes tanto tiempo después. Lope de Vega cambió la forma de escribir teatro en España, haciéndolo mejor y al mismo tiempo mucho más popular, más interesante para el público, y ocupándose de temas que realmente tocaban el corazón de la gente, que asistía en masa a sus representaciones.

El mejor alcalde, el rey es una de las obras más célebres de Lope; fue escrita en verso. En

esta versión se han conservado, en algún momento, unos pocos de los versos originales; pero la lectura resulta más fácil para los jóvenes al ponerla en prosa, procurando trasladar lo esencial de la historia que Lope narraba. Él se inspiró al escribirla en hechos ocurridos muchos años antes de su tiempo, en el siglo XII, en Galicia, y se basó en ello para contar-nos lo que le interesaba: la historia de un amor amenazado, la fuerza de un tirano y la nobleza de un rey capaz de hacer que triunfe la justicia; justicia que es la verdadera protagonista de la obra.

Se ha dicho que cualquier persona culta debería conocer, al menos, las obras más famosas de Lope de Vega. Esta edición pretende volver a poner una de sus obras más importantes al alcance de los lectores más jóvenes, en una adaptación amena y acompañada de las preciosas ilustraciones de Begoña Summers. Es también un homenaje al gran Lope de Vega, para acercarlo a esos futuros lectores en España y en Hispanoamérica, y que conozcan cuanto antes a este genio de nuestra literatura, con la esperanza de que en el futuro sigan le-

yendo sus obras y que vayan al teatro, pues las obras de Lope se siguen representando continuamente.



Si grandes eran los merecimientos de Sancho, humilde era su acomodo, porque ejercía el oficio de guarda de las tierras y ganados del noble y orgulloso infanzón don Tello de Neira, señor y dueño absoluto de toda la Alta Galicia.

Hallábase Sancho cierto día indolentemente sentado a la margen de un arroyuelo que serpenteaba entre juncias y cañas, y en el que sumía su mirada vaga y soñadora, cuando vino a sacarle de su abstracción una voz dulce y melodiosa que le decía:



Sancho respondió:

Hallarme quisiera a mí,
que me perdí desde ayer;
pero ya me vengo a ver,
pues me vengo a hallar en tí.

A lo que Elvira repuso:

Pienso que a ayudarme vienes
a ver si los puedo hallar.

—¡Vaya si los hallé! —respondió el inter-
pelado levantándose y mirando codiciosamen-
te a la muchacha—. ¡Pero los quiero para mí!

—Mas, ¿dónde los hallaste? —volvió a
preguntar Elvira, picada de curiosidad, por-
que lo de los corales sólo había sido un pre-
texto para trabar conversación.

— En tu boca, Elvira.
— Calla, deslenguado. ¿Pues qué me dirías
si estuvieses en vísperas de ser mi marido?
— ¿De quién es la culpa de que así no sea?
— Tuya.

Y Sancho:

¿Mía? No;
ya te lo dije, y te habló
el alma y no respondiste.

Y Elvira:

Qué más respuesta quisiste
que no responderte yo.



Todo era animación y jolgorio, todo respiraba felicidad. ¿Quién hubiera sido capaz de presentir la trágica sombra que pronto iba a empañar el regocijo general?

De pronto entre la concurrencia se produjo un gran revuelo y se oyeron voces:

— ¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Se interrumpió la danza y todos se prepararon para recibir a don Tello, que llegaba acompañado de su hermana doña Feliciano.



—¿Por qué, señor? —interrogó Sancho, desconcertado con aquella respuesta.

—Porque después que os he conocido, quiero honraros más.

—Yo no pido más honras que casarme con mi Elvira.

—Mañana será mejor, porque yo cuidaré de dar mayor brillantez a la fiesta.

—No me dilates, señor, tanto bien; mira mi ansiedad, y considera que de aquí a mañana puede cualquier circunstancia impedir la felicidad que el presente me brinda.

—¡Qué tozuda condición la de los villanos! —dijo don Tello dirigiéndose a doña Feliciano—. Quiero honrarle, hermana mía, y el muy necio porfía, con tensión que descubre su poco honesta impaciencia.

Luego, volviéndose a Nuño, le ordenó:

—Llévate a tu hija y que descanse esta noche, que mañana será otro día.

Los invitados fueron dispersándose mohinos y contrariados, y lo que comenzó en ruidoso alborozo terminó en silencio precursor de una catástrofe.



Cumplidas que fueron sus órdenes, puso la carta en manos de Sancho, diciéndole:

—La entregarás en propia mano, y ese don Tello te devolverá a tu esposa.

* * *

